

# Lo que la guerra

161

1936-

Las noticias que ultimamente nos ha traído el cable no son en absoluto alentadoras, y hacen temer que en un día próximo, una nueva guerra, más horrorosa y cruenta que ninguna otra, venga a ensangrentar el suelo europeo.

A primera vista, este temor de nuevos es completamente infundado. Sin duda, ningún campesino europeo, sea de la nacionalidad que sea, que vive tranquilo en compañía de su familia, cultivando un pedazo de tierra, está dispuesto a ir a matar o a hacerse matar en los campos de batalla. Indudablemente, ningún obrero, de ninguno de los centros industriales del orbe, sea alemán, inglés, francés, italiano, ruso, polaco, ~~etc.~~ o belga, está deseando ir al suicidio de la guerra.

Ningún profesional, ningún oficinista europeo, quiere ir a demostrar inútilmente su rango por un pedazo de tierra. Ninguna madre desea que una guerra se le ataque a sus hijos de un lado, para que vayan a extermine en el lado de los otros.

cheras, hechos peeps por un shrapnell, o  
con el vientre resacado por la ametralladora.  
ningun hijo quisiera ver que se padre, el ser  
que lo creó y que es el único sostén de su hogar,  
lo abandone para ir a morir, cortado en dos por  
un obús o una granada, o con el <sup>pecho</sup> ~~pecho~~  
resado por la cazneta, <sup>aspirado por el gas:</sup> ningun ~~niño~~ <sup>padre</sup>  
que sus hermanos vayan a exponer su cuerpo  
desnudo e indefenso, a los obuses, las granadas  
o a la metódica ametralladora, que todo  
lo anuso. Ningun niño ambicioso que  
se amado vaya a dejar en el pente ~~o~~ sus  
piernas, o sus brazos, o su vista, para ~~ellos~~  
por quedar por toda su vida defectuoso.

En pocas palabras: ningun pueblo quiere  
la guerra. Todos la repudian.

- Pero cómo, me diréis, puede haber una  
guerra, cuando los pueblos, que son los que  
la hacen, no la desean? -

Hay cosas que no se comprenden.

Hay a la luz del rol, como dice  
Henry Barbus en su obra El Fuego, cosas

espantosas hechas por treinta millones de hom-  
bres que no las quieren.

- Que es ilógico... que es absurdo... Sí.

- Sí... pero es cierto.

Porque aunque son los pueblos los que he-  
cen las guerras, no son ellos los que las preparan  
ni los que las deciden. Son los ainos; esos  
ainos que la Revolución Francesa quiso hacer  
Enos ainos que la Revolución Rusa no pudo destruir.  
abaja, pero que no consiguió; esos ainos que aun  
el mundo y la humanidad no ha podido ha-  
cer caer, después de tantos siglos de lucha.

No son los pueblos, en ningún país del  
mundo, los que dirigen su política exterior,  
y oh!... hay países en que ni siquiera  
dirigen la interior.

Los encargados de las relaciones entre  
los países, no, en todas partes, un grupo de  
oligarcas, de aristócratas, por su título o por  
su dinero; señores todopoderosos o representantes  
de los todopoderosos. Son los llamados di-  
plomáticos.

Sobre ellos está un ministro: un cau-

alder, que en las mayoría de los casos es de los mismos, y que, cuando el parlamento o el pueblo les piden cuentas, los halagan con y engañan con el Honor, la Patria, los sentimientos Pacíficos, la Seguridad Nacional, el Equilibrio Mundial y muchas otras palabras bonitas.

Y esos hombres, los amos del mundo, están dispuestos a sumergir al mundo en la más horrenda de las calamidades, siempre que con ello puedan beneficiar sus intereses particulares y conseguir que su nombre quede grabado en la historia al lado de un crimen.

Los industriales, banqueros, negociantes; negociantes de la felicidad humana!, hoy día dirigen los destinos del mundo; no valen para conseguir sus objetivos de los medios más bajos, engañando vilmente al pueblo; hablándole del honor nacional, de la integridad de la Patria; haciéndoles creer que hay enemigos que desean quitarles su mundo, a-

podérase de mi país, y que esos enemigos ya están en el territorio de la nación, y que es preciso defenderse.

Si, defenderse. La guerra defensiva. Desde hace ya mucho tiempo, todas las guerras son defensivas.

En la guerra franco-prusiana de 1870, Alemania sostiene que fué en defensa de su territorio, p. q. Napoleón declaró la guerra. Los franceses aseguran que Bismarck fué quien los agredió al falsificar el telegrama de Ems. Y así en la guerra Ruso-Japonesa; y en la guerra Europea, y en la guerra Bolívarno-Países Bajos a que tanto hacemos ensangrentar al pobre suelo americano, y ; Oh ironía ! en la guerra Italo-etíope, en que el sr. Mussolini dice ir en defensa de su país.

Y esos negociantes, cuando han conseguido mandar a disonjarse a millones de turnos, contemplan su obra sin ningún remordimiento, comodamente sentados en el blanco sillón del ministerio, o reposando en su

viejo castillo de antiguo noble, o en un elegante palacio de industrial o de financiero multimillonario.

¿Porqué han de tener un movimiento?  
¿No están acaso completamente fuera de peligro?  
¿No les van a ser bien pagados, acaso, los crímenes de todos aquellos seres que mandan al repliegue? El dolor de las madres, las amargas lágrimas de las viudas, el llanto desconsolado de los huérfanos, el desprecio y sufrimiento de las viudas, y la espantosa miseria de los que crecen. ¿No van a aumentar acaso su prestigio? ¿No le van a dar una hermosa y brillante situación?

Entretanto el pueblo sufre, sufre de las más espantosas miserias.

Los buenos campesinos, los sencillos obreros, hombres que han nacido para trabajar, para formar un hogar, para criar a un niño y a sus hijos, para alimentarlos, para vivir como hombres!, se transforman en bestias. Les llevan sobre sus hombros la pesada

carga de la guerra, que va a enriquecer a un grupo de negociantes, de financieros y de fabricantes de armamentos, que va a hacer brillar el nombre de un general o de un político, que va a dar la <sup>alegría</sup> ~~alegría~~ parcial de una victoria parcial a un grupo de patriotas que predicaban desde sus casas, y que va a ser el tema de conversación de un grupo de "jóvenes bien" y de señoritas oligarcas, que meñan desde sus <sup>casas</sup> ~~casas~~ con uniformes dorados, como si en la guerra, u llorarán oír y peste, en vez de paupé, mugres, excrementos y <sup>misericordias</sup> ~~misericordias~~.

En ~~estas~~ miserables, ~~de un~~ ~~ataque~~ ~~por~~ ~~des~~ ~~de~~ ~~se~~ ~~pa~~ ~~re~~ ~~ci~~ ~~ados~~, de un alma brecha como el pan, incapaces muchas veces de matar un gorrón, van a convertirse en brutos, salvajes, candidos, criminales; van a perder todos sus antiguos sentimientos y en ellos van a nacer ideas egoístas y de destrucción y de venganza.

Pero al lado del ~~sonor~~ ~~de~~ ~~estas~~ ideas, estos hombres sentirán nacer en ellos un deseo de

rehabilitación, de justicia, de igualdad. No, debemos ser todos iguales. " Los pueblos no son nada y deberían verlo todo". Vendrá la Revolución Social. —

La Guerra Mundial nos demuestra lo que digo. No me digáis que el culpable de la conflagración Europea de 1914, que envió a tantos millones de hombres a la muerte; que embruteció, despojó y dejó en la miseria a todo un continente; que no dió ganancias a ningún país y que los transportó a todos en deudores de una nación extranjera, no me digáis, digo, que el culpable de tan grande y estéril crimen fue Alemán, o Francés, o Ruso, o Inglés. No! Los culpables fueron un grupo de gobernantes, de financieros y de industriales que en ello creyeron proteger sus intereses. Los culpables fueron los negociantes. Los culpables fueron los llamados líderes de la guerra: Berchtold, ministro del exterior Austro-Húngaro, pero quien es el único

manera de mantenerse en el poder ~~en una~~  
~~guerra con éxito~~, y resolver su prestigio no  
distraer la atención pública en una guerra  
con éxito; y Forgasch, su secretario.

Los culpables fueron Nicolás Nicolaie-  
witsch, gran Duque ruso y enemigo in-  
conciliable del gobierno alemán; Izwolski,  
embajador ruso en París, para quien, re-  
gún propias declaraciones, el día más feliz  
de su vida fue aquel en que se inició la guerra  
y a quien solo cuatro años en su puesto  
lestaban para conseguir su objetivo; Su-  
shomlinow, <sup>ministro de guerra ruso;</sup> Bethman, el indolente canciller  
alemán, que consideraba a los tratados como  
"pedazos de papel" sin valor alguno; Moltke,  
que ejerció todo su influjo para atacar  
a Francia, diciendo que el momento era  
muy favorable; Guillermo II, que prometió  
incondicional ayuda a los austriacos; Cambon,  
embajador francés en Inglaterra, y muchos  
otros que verán largo nombre y que, tras cri-  
minal actuación, consiguen despertar

el odio entre los hombres.

Todos ellos hicieron públicas declaraciones de sus deseos de paz y de su resentimiento por el haber iniciado la guerra; ninguno se expuso de manera alguna a las cortes, salvo ciertas excepciones, y ninguno recibió el castigo merecido.

¿Pero cómo consiguieron esos hombres llevar a los pueblos a la guerra? Por medio de intrigas, publicaciones tendenciosas, falsificación de documentos, engaños, traiciones, blandos al pueblo del temor de la vejez y haciéndole creer que habían sido atacados.

De esta manera consiguieron su objetivo de llevar a matarse a multitudes innumerables que repudiaban la guerra.

Hubo gobernantes, es cierto, que trataron por todos sus medios de evitar la guerra, pero esas honrosas excepciones fueron muy escasas.

Entre ellos debemos nombrar al zar de Rusia y al conde Bismarck, cuyos intereses se veían amenazados con un conflicto; y q. al producirse,

perdiereis sus vidas; y también al rey Carol de Rumania y a los ministros ingleses Lord Morley y John Burns, quienes prefirieron abandonar sus cargos antes de firmar la declaración de guerra. Hubo otros gobernantes que no quisieron la guerra, pero estos fueron los únicos en sostenerlo con la frente en alto. ¡Honra para ellos!

Hubo también algunos hombres que supieron defender sus ideales pacifistas, y a pesar de mantenerse a un lado de la opinión pública durante algún tiempo, hasta que fueron vencidos por los embustres de los que desecalaron la guerra. Entre ellos debemos citar los nombres de Valdevorte, Keir-Hardys, Henderson, MacDonal, Schestow, Kerensky, Pulranowich, Herwi, Fedelour, Liebknecht. y por encima de todos ellos, Jaurés, el martir de la paz, el hombre que se sacrificó defendiendo su causa, aquel anciano venerable que después de consagrar toda su vida a una lucha sostenida por conseguir un mundo mejor, más

justo y más humano, por vilmente asesinado por un fanático patriota. La figura de todos estos hombres, y en especial la de Jaurés, se levanta por encima de todos aquellos que iniciaron la guerra, y por encima de la guerra misma. La historia les hará Justicia!

Y hubo, <sup>enfín,</sup> un pueblo martir, una generación entera de hombres que fue totalmente exterminada, degradada y destruida por la más criminal de todas las guerras.

Hubo nueve millones de cadáveres que cubrieron de cenizas el suelo europeo; hubo un número infinito de viudas, de huérfanos, de desamparados, de desgraciados en quienes la guerra quiso dejar una marca para toda la vida, de seres que no tuvieron un pan, de seres que perecieron de hambre, de seres cuya miseria fue también infinita.

Y esos hombres, niños y mujeres desgraciados, vienen a nacer en su mente un justo e inmenso odio contra los explotadores, contra los go-

benéficos, contra todos aquellos que nos los  
acompañaron en sus refinamientos, contra  
el orden constituido; nosotros de destruirlo  
e inculcamos a sus hijos esas ideas que  
tendrán que traer la revolución social.

¡ Pueda ser que después de ella venga  
para la humanidad un mundo mejor !